

7932

El anciano que agonizaba bajo la carpeta de oxígeno, en París, durante la Nochebuena de 1963, estaba terminando allí la tercera etapa de su vida: la había iniciado en 1937, cuando la Guerra Civil española lo enfrentó, de golpe, con los rigores del compromiso. Murió esa noche, antes de la llegada de la Navidad; nadie pudo decir entonces —ni ahora— que Tristan Tzara había perdido su tiempo.

Asociado a perpetuidad al nacimiento de Dada —ese padre del surrealismo, y abuelo de toda la anarquía del siglo—, Tzara fue mucho más que un agitador: a la manera de los samanes que recorren el camino del Dharma, hizo cada cosa en el momento oportuno. Quizá ninguno de sus contemporáneos podría ser su par en ese aspecto: arquitecto del guerrillero cultural a los veinte años, demostró ser un creador de primera magnitud cuando pasó los treinta (*L'homme anonyme*, 1923-1930) y ascendió a la militancia política una década después, en la edad de la razón, esa frontera ofotípica con la sabiduría.

Había nacido en Moinești, un pueblo de Rumania, el 4 de abril de 1876 (el año crucial que vio el caerse de Ubá Rey, y los nacimientos de Artaud, Breton y el misterioso Gui Roscoy, victimizado de este mundo en el puerto de Marsella, a mediados de 1945), y sus biógrafos insisten en que se llamaba Samy Rosenstock, o Rosenstein, aunque él siempre negó la existencia de todo otro nombre que no fuera su verdadero seudónimo de batalla.

No había cumplido por lo tanto veintiséis años, el 8 de febrero de 1916, cuando realizó el gesto que aseguraría su perduración, sentado ante una mesa del Café Terrasse, de Zúrich; abrió al azar un diccionario Larousse, y clavó la punta de un cortapapel sobre la primera palabra que encontró; esa palabra era Dada, a la que unos meses de teoría y práctica revolucionaria le bastarían para convertirse en todas las palabras.

Su compatriota Marcel Janco, los alemanes Hugo Ball y Huyssebeck, y el seráfico Jean Arp estaban con él: probablemente, ninguno supo la longitud de la marcha que acababan de encender. Hasta el apogeo de la crítica existencialista, en la segunda posguerra, se daba por sentado que el breve lustro de vida orgánica de Dada (1916-1922) no había servido básicamente más que para engendrar el surrealismo. La realidad los desmintió: al desprecio del engranaje, los renovados brotes nihilistas de la década del sesenta, el pensamiento estructuralista, son los señales de que el espíritu de Dada, lejos de volver al polvo junto con su cuerpo, quedó clavado como un indicador de tránsito en la cultura y el arte de este siglo.

"El pensamiento se hace en la boca", informó Tzara, como un Bautista de Roland Barthes. "Para su creador, la obra no tiene ni causa ni teoría", imaginó, anticipando la dependencia del pensamiento individual a las estructuras de conocimiento: "No puede haber falso Dada", concedió en el límite de su sapiencia, acaso porque sabía, medio siglo antes de que la frialdad de un análisis se lo demostrara, que no podía falso ser aquello que no existía: que el Dada era tanto una metáfora para alimentar la experiencia poética como

ANIVERSARIOS

Diciembre 24, 1963

Muere Tristan Tzara

nativa ruptura con la filosofía vital de la que había sido vidente y partidario.

Los años que corren entre la primera y la última separación son, sin embargo, los de mayor profundidad creadora en la vida del bardo; a ellos pertenece la mejor parte de su profuso catálogo, que incluye casi treinta volúmenes de poemas, e infinito de notas críticas, ensayos, manifiestos, conferencias y prólogos.

Su evolución como hombre lo lleva entonces a dar el paso a la política: si su primer desencuentro con Breton es producto de su anarquía ("si la ausencia de sistema es todavía un sistema, por lo menos es el más simpático"), el segundo será producto de su madurez. Tras elige quedarse solo, renuncia a la vida literaria, y es así como lo encuentra Ramón Gómez de la Serna, en su hermosa casa de París, construida "con las piedras que le tiraron".

No parece que le fuera mal: casado con una muchacha bellísima y millonaria, el otraña enfatiza terrible divide su tiempo entre la devoción por el Partido Comunista, el estudio de François Villon, y los "tipos extraños, judíos de barba blanca, alemanes que traían telas elípticas, astrónomas, mujeres con trajes de noche como planetarios brillantes" que visitan su casa, donde la iluminación bruta de libros entreabiertos de cara a la pared.

En los últimos años de su vida, sus amigos solían decir que se había vuelto melanólico, y vagaba por los cafés de la Rive Gauche, a la pesca de quien quisiera jugar con él un partido de damas. Seguramente sería otro método para investir al prodigo, sin descuidar la trivialidad de la vida: él sabía la receta desde 1916, cuando un insignificante exiliado ruso lo eligió entre todos como compañero de sus ocios y rival de ajedrez. La amistad duró poco porque el emigrado volvió a su patria al año siguiente: se llamaba Vladimir Illich Ullinov, y desde comienzos de siglo había popularizado el seudónimo de Lenin. *



Samuel Tzara, delante de Breton, Eluard y Péret, en pleno babilio surrealista (1932), y con Pablo Picasso (foto de la derecha), veinte años después: El camino del Dharma.



24 de diciembre de 1963 - N° 212

B.A., Año VII - N° 313, 24 al 30 de diciembre de 1963.

Muere Tristan Tzara. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Muere Tristan Tzara. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa